

MODOS DE INSERCIÓN SOCIOPROFESIONAL, PRÁCTICAS SOCIOCULTURALES Y PERTENENCIAS IDENTITARIAS. EL EJEMPLO DE LOS JÓVENES ADULTOS DE ORIGEN ESPAÑOL E ITALIANO EN SUIZA

CLAUDIO BOLZMAN, ROSITA FIBBI y MARIA VIAL *

Este artículo se interesa por los modos de inserción socioprofesional de los jóvenes descendientes de españoles e italianos en la sociedad suiza así como por la manera que tienen de vivir su situación pluricultural. Los autores se proponen en particular analizar las formas de articulación entre las diferentes modalidades de inserción socioprofesional de esos jóvenes adultos, sus prácticas socioculturales (redes sociales, idiomas utilizados, etc.) y sus expresiones identitarias. Estudian la relación entre esos procesos a través de la comparación de los jóvenes nacionalizados en Suiza con los que siguen siendo extranjeros. La introducción de un grupo de control de jóvenes de origen suizo de un medio social similar permite situar la interpretación de los resultados en un contexto más amplio.

* Investigadores del Instituto de Estudios Sociales de la Universidad de Ginebra.

This article is about the young descendants of the Italian and Spanish immigrants, the ways of socioprofessional integration in the Swiss society and also about the way they have of living their pluricultural situation. The authors try especially to analyse the connection between young adults', the different kinds of social and professional integration of these young adults, their sociocultural practices (social relations, languages they use, etc.) and their expressions of identity. The relation between these processes are studied by comparing the young who are naturalized Swiss with those who are still foreigners. The introduction of a control group made up of young Swiss people by birth of a similar social spheres allows to interpret the results in a wider context.

INTRODUCCIÓN

La literatura científica —en particular norteamericana— sobre las migraciones, ha percibido tradicionalmente la asimilación a la sociedad de acogida como un proceso gradual y casi inevitable, que tendría lugar al mismo tiempo que la integración estructural. Desde esa perspectiva, las dificultades de adaptación cultural y los problemas económicos de la primera generación deberían dar lugar a una incorporación progresiva de sus descendientes en los diferentes sectores sociales y económicos de la sociedad de residencia (Gordon, 1964). El proceso debería culminar con la asimilación de la tercera generación, que perdería así sus rasgos étnicos específicos (lingüísticos, culturales) y que ya no sufriría desventajas, como fue el caso de la primera generación, en el mercado laboral (Hiraoka, 1993).

De hecho, las teorías tradicionales, elaboradas a partir de las migraciones de comienzos de siglo hacia los Estados Unidos, habían concebido la asimilación como un proceso

lineal, de tipo endógeno, acelerándose por su propia dinámica de una generación a la otra. Sin embargo, no prestaron suficiente atención a las condiciones económicas generales que acompañaron ese proceso. A la luz de las mutaciones socioeconómicas que se produjeron en los últimos veinte años, como la reducción de los empleos intermediarios (obreros calificados y personal de oficina) y la emergencia de un paro persistente, ciertos autores americanos se preguntan si los mecanismos que permitieron la inserción socioeconómica y la asimilación cultural de una generación a la siguiente, siguen siendo eficaces (Gans, 1992; Portes y Min, 1993). También se plantean la interrogación de saber si los factores que facilitaron la movilidad social ascendente de los inmigrantes y sus descendientes, es decir, la calidad de la formación, el reemplazo de las olas migratorias precedentes por nuevas olas, el arraigamiento en los «nidos» étnicos, siguen funcionando. Portes y Min (1993), notan al respecto que ya no existe para la segunda generación actual, un modelo único de inserción social y económica, que lleve a la incorporación en el seno de las clases medias blancas, y proponen el concepto de «asimilación segmentada», para dar cuenta de las diversas formas de incorporación a la sociedad de residencia, según el sector de entrada en ésta, que es observable empíricamente en Estados Unidos.

Estas conclusiones de los investigadores americanos sobre la «nueva segunda generación» son probablemente poco sorprendentes para los autores europeos que, desde hace varios años, se interrogan sobre las posibilidades que tienen los niños y adolescentes hijos de inmigrantes de sobrepasar las dificultades de inserción y de posicionamiento identitario que conocieron sus padres. En Europa, la cuestión de la integración de la segunda generación fue planteada desde un comienzo como problemática, y concebida esencialmente en términos de su contribución a la reproducción de una clase obrera estable (Hutmacher, 1981). Los estudios europeos se han mostrado menos optimistas que los norteamericanos en cuanto a la rapidez del

proceso de inserción de las nuevas generaciones, y analizan de manera más matizada los mecanismos que entrelazan los procesos de inserción y los procesos identitarios.

Si la doble pertenencia fue considerada en los años setenta, como una fuente de bloqueo en los procesos de inserción en las estructuras de formación y de empleo, los trabajos de los años noventa hacen aparecer en cambio los aspectos más dinámicos de esta doble pertenencia, interesándose más en las estrategias identitarias de los jóvenes (Taboada-Leonetti, 1990), en la manera a través de la cuál éstos gestionan las eventuales contradicciones culturales y las cuestiones de identidad que se desprenden (Oriol, 1984; Bolzman, 1990; 1996). Las estrategias asimilacionistas coexisten con las reivindicaciones biculturales; formas de apego a la identidad de origen cohabitan con movimientos de cuestionamiento de las identidades nacionales o con el recurso a identidades subculturales de reemplazo (Camilleri, 1990). Ciertas tendencias más individualistas con otras más colectivas. Laperoyne (1987) identifica en la mezcla de la asimilación cultural y de la marginalización socioeconómica que sufren los jóvenes de origen magrebí actualmente en Francia, el detonador del origen de la constitución de una identidad «beur» y de la movilización colectiva de esa juventud. Otros autores como Withold de Wenden, ven ese proceso como el resultado de un desfase entre la existencia de una ciudadanía formal y una ausencia de integración estructural real.

La gran mayoría de los trabajos sobre los jóvenes descendientes de inmigrantes trata de manera poco satisfactoria dos aspectos metodológicos importantes que traen consecuencias importantes en el plano teórico, en particular para el estudio de la relación entre inserción e identidad. En primer lugar, la operacionalización de la noción misma de «segunda generación» es problemática. Numerosos estudios sobre la inmigración se topan de hecho con problemas administrativos y sólo toman en cuenta a las personas de nacionalidad extranjera. Esta óptica puede ser más o menos aceptable cuando se trata de migraciones re-

cientes; es en cambio fuente de confusión conceptual y de deformaciones estadísticas cuando los estudios tratan de los inmigrantes llegados hace mucho tiempo y en particular cuando se trata de sus hijos. En ese caso, no tomar en cuenta a los nacionalizados lleva necesariamente a dejar de lado a las poblaciones que son en promedio las más integradas (Tribalat, 1995).

La segunda laguna consiste en el poco caso que se hace de la dimensión *ciclo de vida* en los estudios sobre la segunda generación. La casi totalidad de los trabajos empíricos no toman en cuenta en efecto más que a los jóvenes de veinticinco años o menores. Sin embargo, diversos trabajos sobre las modalidades de pasaje de la juventud a la edad adulta muestran que el período de transición entre esas dos etapas del ciclo de vida tiende a prolongarse, yendo a veces más allá de los veinticinco años (Galland, 1985; Buchmann, 1989). La estabilización en el empleo, la descohabitación, la formación de una familia intervienen más tarde hoy en día y no sabemos si esta evolución general presenta modalidades específicas en lo que respecta a la segunda generación. Un tal límite impide, por tanto, observar la realización de opciones de mucha importancia para comprender las modalidades de inserción culturales y estructurales de las generaciones descendientes de los inmigrantes.

En este artículo nos interrogaremos acerca de como los miembros de lo que se ha dado en llamar la «segunda generación» realizan y viven su inserción en la sociedad suiza así como su situación bicultural. Más precisamente, nos interesamos en saber si los hijos de los primomigrantes viven una movilidad social ascendente que amplía el abanico de posiciones estatutarias de los inmigrantes en la sociedad de residencia, favoreciendo así su integración estructural. Nos interrogamos también sobre si las formas de inserción socioprofesionales de la segunda generación se acompañan más bien de la preservación de una identidad cultural ligada al país de origen o, por el contrario, de la elaboración de una identidad cultural específica o even-

tualmente de una tendencia a la asimilación a la cultura dominante.

Nos interesaremos, en particular, por comparar las trayectorias de los hijos de inmigrantes que han adquirido la nacionalidad suiza con las de aquellos que han conservado exclusivamente la nacionalidad española o italiana. En efecto, nuestro dispositivo de investigación nos permite tener acceso a una segunda generación definida por sus contornos sociales —hijos de inmigrantes— lo que nos permite incluir en nuestra muestra tanto a las personas nacionalizadas como a aquellas que han mantenido la nacionalidad de origen, lo que sucede raramente en los estudios sobre la segunda generación y nos permite evitar los problemas metodológicos y teóricos denunciados más arriba. Además, compararemos las trayectorias de los jóvenes de origen extranjero con una muestra representativa de jóvenes adultos de origen suizo, cuyos padres poseen un nivel de formación análogo al de los padres de los inmigrantes. De este modo, podemos seguir el itinerario de los jóvenes de origen italiano o español en relación a la vez con las trayectorias de sus padres y con las de sus contemporáneos de origen suizo, provenientes de un medio social similar.

Concretamente nos basamos en dos estudios empíricos sobre la población española e italiana inmigrada en Suiza y sus descendientes. La primera es una encuesta realizada en el cuadro del Programa Nacional suizo de investigación sobre «La vejez» (PNR32), que trata de los modos de vida y los proyectos futuros de 442 personas de las dos nacionalidades mencionadas, cuyas edades se sitúan entre los cincuenta y cinco y sesenta y cuatro años y que residen en Ginebra y en Basilea, dos cantones urbanos importantes. La segunda es una encuesta sobre los hijos de las personas del estudio citado. Entrevistamos por teléfono a 402 adultos, es decir de más de dieciocho años, en el cuadro del Programa Nacional suizo de investigación «Migraciones y relaciones interculturales» (PNR39). En esa misma encuesta, interrogamos también en los dos cantones mencio-

nados a una muestra representativa de 203 adultos de origen suizo. Esas encuestas cuantitativas fueron completadas con entrevistas semi-dirigidas con cerca de sesenta jóvenes adultos.

CONSTATAIONES E INTERROGACIONES INICIALES

En la primera encuesta (PNR32), constatamos que la política suiza de inmigración ha favorecido un modelo de incorporación de los inmigrantes de la primera generación a la sociedad de residencia que hemos definido como un modelo de inserción subordinada al margen de la ciudadanía (Bolzman, 1999). Ese modelo se caracteriza por un reconocimiento del papel económico de los inmigrantes en la sociedad suiza en tanto que trabajadores, «cotizadores» a la seguridad social, contribuyentes y consumidores. En cambio muy poco se hace para favorecer su participación social, política y cultural, dejando ésta en manos del azar de sus trayectorias personales. Como consecuencia, los inmigrantes de la primera generación elaboran en su mayoría un modo de vida específico en el seno de un espacio socioprofesional, social y cultural que les es propio. Es un modo de vida que combina dos dimensiones: una propia de la cultura popular urbana y la otra de la condición inmigrada. Se trata de una vida centrada en el trabajo en oficios manuales, una red de relaciones que privilegia los contactos con la familia y los compatriotas, un fuerte apego tanto al barrio de residencia como a la región de origen. De hecho, la vida se organiza alrededor de prácticas sociales y culturales que ponen en evidencia la bilateralidad de sus recursos y de sus referencias: los inmigrantes tratan, a través de diversas formas, de establecer puentes entre su país de residencia y su país de origen. Sin embargo, en el cuadro de esta bilateralidad, el peso de cada uno de los polos varía en función de los recursos que han logrado acu-

mular o que esperan desarrollar en uno u otro país. Encontramos de este modo personas que orientan de preferencia su vida hacia una instalación durable en la sociedad de residencia, otros que tratan de darse los medios para retornar al país de origen y algunos que tratan de construir un modo de vida itinerante, más allá de las fronteras, entre los dos polos que dan sentido a su existencia (Bolzman, Fibbi, Vial, 1997).

Un buen indicador de esas posibles orientaciones es la nacionalización de los hijos. En Suiza, la nacionalidad es transmitida por el derecho de sangre o *jus sanguinis*. En otras palabras, un hijo de padres suizos será automáticamente suizo, cualquiera que haya sido su lugar de nacimiento. En cambio, un hijo de extranjeros nacido en Suiza deberá cumplir ciertos requisitos (como un número mínimo de años de domicilio en la misma comuna o cantón, no tener antecedentes judiciales, etc.) para acceder a la nacionalidad; además deberá iniciar una demanda en este sentido, ya que la nacionalidad no le será propuesta automáticamente. La adquisición de la nacionalidad representa entonces un acto de voluntad y una prueba de que la persona siente haber alcanzado un nivel de integración elevado (Centlivres y al., 1991).

El hecho de que por lo menos uno de los hijos haya adquirido la nacionalidad suiza (43 por 100 de las familias), significa entonces que la sociedad suiza se ha convertido en un polo durable de referencia, a veces dominante, a veces de un peso equivalente al de las sociedad de origen. En cambio, cuando ninguno de los hijos se ha nacionalizado (57 por 100 de las familias) predomina la tendencia a considerar la sociedad de origen como polo principal de referencia.

Este aspecto aparece claramente al analizar la relación entre los proyectos de los padres en cuanto a su futuro lugar de residencia después de la jubilación y la nacionalización de los hijos: cuando todos los hijos se han nacionalizado, los entrevistados piensan más a menudo quedarse en Suiza que cuando ningún hijo se ha nacionalizado o sola-

mente una parte de entre ellos (47 y 31 por 100, respectivamente); cuando sólo una parte de los hijos se ha nacionalizado, predomina más a menudo el proyecto de viajar ida y vuelta entre Suiza y el país de origen que cuando todos los hijos se han nacionalizado o que ninguno lo ha hecho (51 y 38 por 100); finalmente si ningún hijo se ha nacionalizado la opción de retornar al país es más apreciada que en los otros casos (32 y 14 por 100).

Ese lazo aparece también en el análisis de la relación entre la localización de los medios de comunicación de masas seguidos regularmente (TV, radio, periódicos, revistas) y la tasa de nacionalización de los hijos. Las personas que utilizan exclusivamente los medios locales tienen más a menudo todos los hijos nacionalizados (45 por 100) que aquellas que recurren tanto a los medios locales como a los del país de origen (26 por 100), y sobretodo que aquellas que utilizan exclusivamente los medios del país de origen (12 por 100). Así, la nacionalización de los hijos es un indicador particularmente claro de lo que hemos llamado la integración vertical de los inmigrantes en el país de residencia, es decir del establecimiento de lazos con éste tanto en el plano simbólico como institucional¹.

La nacionalización de los hijos se encuentra también en relación con los recursos socioculturales de los padres, en particular con el nivel de formación y el estatus socioprofesional. A pesar de que en su gran mayoría los padres frecuentaron durante pocos años la escuela (cerca de 70 por 100 no fueron más allá de la escuela primaria), hay algunas diferencias en su nivel de formación: las personas que tienen una escolaridad de nueve años o más son más numerosas en tener todos los hijos nacionalizados que aquellas que sólo acabaron la escuela primaria o que interrumpieron su escolaridad antes de terminar la escuela

¹ Distinguimos la «integración vertical» de la «integración horizontal». Esta última significa la participación en grupos informales o formales de la sociedad de residencia, o sea el hecho de tener un lugar social en ésta, de no vivir aislado, sin relaciones sociales.

primaria (52, 23 y 15 por 100). Las personas que alcanzaron en Suiza una cierta movilidad social (independientes, asalariados intermediarios) son también más numerosas en tener todos sus hijos nacionalizados que aquellos que ocupan un empleo de obrero o empleado sin calificación (33 y 18 por 100, respectivamente).

Observamos entonces que la nacionalización de los hijos es un proceso selectivo ligado al nivel de integración de los padres a la sociedad de residencia y a sus recursos socioculturales. Este paso implica la tendencia a construir un proyecto de vida que incluye a la sociedad de residencia y una cierta identificación con ésta. En este contexto, la nacionalización aparece como un objetivo accesible sólo para una categoría limitada de descendientes de inmigrantes.

Estas observaciones sobre los padres inmigrantes nos llevaron a elaborar algunas hipótesis con respecto a las trayectorias sociales, las prácticas socioculturales (idiomas utilizados, redes sociales, por ejemplo) y las identidades formales (nacionalización o no) y subjetivas de los hijos. En efecto, los itinerarios de formación y la inserción profesional de los jóvenes nacionalizados deberían ser diferentes de los de aquellos que han conservado solamente la nacionalidad de origen. Los primeros deberían experimentar unas trayectorias de movilidad social ascendente más importantes que deberían expresarse también a través de prácticas socioculturales más asimilacionistas que los segundos. Además, el acto mismo de la nacionalización es marcador de nuevas afiliaciones institucionales que deberían ejercer una influencia sobre la identidad subjetiva de las personas que viven esta situación (Centlivres y al., 1991), dando como resultado en maneras específicas de definir los lazos tanto con la sociedad de residencia como con la sociedad de origen. Estas hipótesis son las que exploraremos a continuación.

TRAYECTORIAS DE FORMACIÓN Y PROFESIONALES DE LOS DESCENDIENTES DE INMIGRANTES

En nuestro segundo estudio (PNR39), nuestra muestra de jóvenes de origen inmigrantes comprende 41 por 100 de nacionalizados (generalmente binacionales, ya que Suiza acepta la doble nacionalidad desde 1992) y 59 por 100 de extranjeros, entre los cuales 14 por 100 piensan pedir pronto la nacionalidad suiza, mientras que 44 por 100 no se plantean una tal eventualidad².

Cuál ha sido su trayectoria de formación? Para responder a esta pregunta, compararemos el itinerario de los jóvenes que adquirieron la nacionalidad suiza con el de los que no lo han hecho y no piensan hacerlo en el futuro³. Hemos introducido también paralelamente en el análisis un grupo de control de descendientes de suizos cuyos padres tienen un nivel de formación limitado al nivel secundario y otro grupo de jóvenes de origen suizo cuyos padres obtuvieron un diploma de nivel terciario.

La tabla 1 muestra que los jóvenes nacionalizados se distinguen de los no-nacionalizados por el hecho que los

² Según las estimaciones, actualmente entre 10 y 15 por 100 de los suizos de más de quince años son personas de origen extranjero que se han nacionalizado (Buhmann, 1993). Suiza se sitúa en una posición intermedia entre Francia y Alemania en cuanto a la proporción de jóvenes nacionalizados. Como lo recuerda Schnapper (1992), en la RFA nacen cada año cerca de 40.000 niños cuyos padres son turcos. De ellos, sólo un millar, en función de la legislación existente hasta un pasado reciente se nacionalizará alemán. En cambio, de los 30.000 niños nacidos en Francia de padres extranjeros, menos de 2.000 no se nacionalizarán franceses cuando alcancen la mayoría de edad.

³ Con el fin de diferenciar más claramente los dos subgrupos —nacionalizados y no-nacionalizados— hemos excluido del análisis a las personas que pensaban pedir la nacionalidad en un futuro próximo ($n = 49$) y a aquellas cuya demanda de nacionalización fue rechazada ($n = 4$).

TABLA 1
NIVEL DE FORMACIÓN DE LOS JÓVENES ADULTOS
SEGÚN EL ORIGEN NACIONAL

	Origen español/italiano		Origen suizo	
	No nacionalizados	Nacionalizados	Padre de form. secundaria	Padre de form. terciaria
Escuela Obligatoria	3%	1%	8%	-
Aprendizaje profesional *	42%	27%	38%	19%
Escuela de Comercio *	16%	13%	8%	2%
Esc. de Cultura General *	3%	1%	3%	-
Bachillerato *	12%	14%	10%	6%
Technicum **	1%	1%	3%	-
Esc. Profs. Superiores **	6%	15%	15%	19%
Universidad **	17%	28%	15%	54%
N	139%	145%	188%	48%

* Nivel secundario post-obligatorio: generalmente doce a trece años de formación.

** Nivel terciario.

primeros son menos numerosos en las formaciones profesionales cortas (aprendizaje, escuela de comercio) (40 y 58 por 100). Su presencia en ese tipo de formaciones es incluso menos importante que la de los jóvenes de origen suizo de un medio social equivalente (46 por 100); la diferencia con respecto a los jóvenes suizos cuyos padres tienen un nivel de formación terciario sigue siendo, sin embargo, considerable (21 por 100). La proporción de frecuentación de las formaciones de nivel terciario (Universidad, Escuelas profesionales superiores) por los jóvenes nacionalizados es casi el doble de la de los no nacionalizados (44 y 24 por 100) y es superior a la del grupo de jóvenes de origen suizo de medio social equivalente (33 por 100), siendo, sin embargo, bastante inferior a la de los jóvenes de origen suizo cuyos padres tienen un nivel de formación terciario (72 por 100). De manera esquemática

podemos decir que los jóvenes nacionalizados tienden a adoptar el modelo dominante de repartición de las formaciones y que, en el proceso de reducción de las formaciones cortas en provecho de las de nivel terciario, éstos «sobrepasan» incluso a los jóvenes de origen suizo de un medio social comparable, sin llegar no obstante a los niveles de participación alcanzados por los jóvenes de origen suizo cuyos padres ya habían tenido acceso a ese tipo de formaciones (Vial, Bolzman, Fibbi, 1999).

Resulta claro por lo demás que su nivel de formación permite a los jóvenes descendientes de inmigrantes conocer una movilidad social ascendente con respecto a sus padres. Los jóvenes abandonan las profesiones manuales y se desplazan masivamente hacia las profesiones de tipo «cuello blanco»: empleados calificados, cuadros inferiores y medios (cfr. Tabla 2). Su trayectoria profesional es similar

TABLA 2
CATEGORÍAS SOCIOPROFESIONALES
DE LOS JÓVENES ADULTOS SEGÚN
SU ORIGEN NACIONAL Y LA ADQUISICIÓN
O NO DE LA NACIONALIDAD SUIZA

	<i>Jóvenes de origen suizo *</i>	<i>Jóvenes de origen ital./esp. nacionalizados</i>	<i>Jóvenes de origen ital./esp. no nacionaliz.</i>
Independientes/directores	5%	4%	12%
Asalariados universitarios	7%	18%	5%
Asalariados intermediarios	33%	33%	31%
Empleados calificados	37%	42%	42%
Obreros calificados	7%	1%	5%
Asalariados sin calificación	10%	2%	5%
N	148	97	102

* Únicamente hijos de padres con un nivel de formación secundario.

a la de los jóvenes de origen suizo provenientes de un medio social comparable: 70 por 100 de los jóvenes de origen suizo y 74 por 100 de los jóvenes de origen inmigrante ocupan posiciones de cuadros intermediarios (personas habiendo efectuado una formación de nivel terciario extra-universitario y/o que tienen personal bajo sus órdenes en el ejercicio de su función) o de empleados calificados (profesiones no manuales implicando una formación secundaria postobligatoria).

Los jóvenes nacionalizados se distinguen, sin embargo, de los jóvenes de origen suizo y de aquellos de origen inmigrante no nacionalizados por el hecho de que están sobrerrepresentados entre los asalariados universitarios: 18 por 100 de ellos se encuentran en esta categoría socioprofesional, mientras que tal es la situación de sólo 7 por 100 de los jóvenes de origen suizo y de 5 por 100 de los no nacionalizados. En cambio, los jóvenes «extranjeros» están mejor representados que los jóvenes de origen suizo (5 por 100) y que los nacionalizados (4 por 100) en la categoría de los «independientes» (12 por 100). Otro dato interesante es que los jóvenes de origen inmigrante, en particular los nacionalizados, se encuentran sobrerrepresentados entre las categorías de obreros calificados y de asalariados sin calificación, es decir, en las profesiones manuales, con respecto a los jóvenes de origen suizo. En efecto, encontramos en esta categoría a 17 por 100 de suizos de nacimiento, a 10 por 100 de no nacionalizados y a 3 por 100 de nacionalizados. Recordemos que el 60 por 100 de los padres y el 80 por 100 de las madres inmigrantes trabajan en profesiones manuales.

La única dimensión en la cual los jóvenes de origen inmigrante se hallan en una situación desfavorable con respecto a los jóvenes de origen suizo es en la posibilidad de tener acceso a los empleos del sector público. Así 38 por 100 de jóvenes suizos de nacimiento trabajan en ese sector, tal es el caso de 28 por 100 de nacionalizados y de 20 por 100 de no nacionalizados. Si hay una mejora con respecto a los padres (11 por 100 trabajaban en este sector), éste si-

que siendo un lugar de trabajo de acceso principalmente reservado no sólo a los nacionales sino a los nacionales nacidos suizos.

PRÁCTICAS SOCIOCULTURALES Y PERTENENCIAS IDENTITARIAS

¿En qué medida las diferencias observadas en términos de modos de inserción de los padres, de la formación y, en grado menor, en las trayectorias profesionales de los jóvenes, influyen en sus prácticas socioculturales, su sentimiento subjetivo de pertenencia? Es el punto que vamos a examinar ahora. En particular vamos a comparar la situación de aquellos que han adquirido una identidad formal suiza (los nacionalizados) con respecto a aquellos que siguen siendo formalmente extranjeros (los no nacionalizados).

Un primer indicador está dado por el origen nacional de las personas que componen la red de afinidades de los encuestados, que proporciona una idea de las formas que adquiere la integración horizontal. Los jóvenes nacionalizados son más numerosos que los no nacionalizados en tener como mejor amigo a uno suizo (45 y 32 por 100), mientras que los no nacionalizados tienen más a menudo que los nacionalizados un mejor amigo de origen español o italiano (56 y 39 por 100). Observamos un fenómeno análogo con respecto a la nacionalidad del cónyuge: los nacionalizados se han casado más a menudo con una persona de origen suizo que los no nacionalizados (48 y 28 por 100)⁴, estos últimos en cambio son más numerosos en haberse

⁴ Cabe destacar que una pequeña minoría de siete mujeres han obtenido la nacionalidad suiza automáticamente luego de contraer matrimonio, situación que era posible para las personas de sexo femenino antes de 1992. La gran mayoría de los entrevistados se nacionalizó suizo antes de casarse.

casado con una persona de origen español o italiano (54 y 32 por 100). Agreguemos que los niveles de formación de los amigos y del cónyuge de los nacionalizados son más elevados que en el caso de los no nacionalizados, lo que pone en evidencia una distancia mayor de los primeros con respecto a su medio social de origen.

Las diferencias observadas a nivel de la red de afinidades no aparecen, sin embargo, en lo que respecta a las relaciones con los padres. Tanto los que han adquirido la nacionalidad suiza como los que han conservado el estatus de extranjero mantienen contactos estrechos y lazos de solidaridad importantes con sus padres. Los lazos intergeneracionales son en efecto más fuertes que en las familias suizas: los jóvenes de origen español e italiano dejan más tarde el hogar paterno; cuando se mudan, se instalan en una vivienda más cercana a la de sus padres y los visitan con más frecuencia que los jóvenes suizos; y 57 por 100 de entre ellos frente a 42 por 100 de los jóvenes de origen suizo, se plantean el acoger a sus padres en su casa, en caso de que éstos se encuentren en una situación de dependencia en el plano sanitario.

En el plano familiar, las únicas diferencias entre los jóvenes nacionalizados y no nacionalizados se sitúan en las prácticas prenupciales, que acercan a los primeros a los jóvenes suizos⁵: 71 por 100 de los nacionalizados han convivido con su cónyuge antes de casarse, mientras que ese ha sido el caso de 54 por 100 de los no nacionalizados. Estos tienen una concepción un poco más tradicional del casamiento, pasando directamente del hogar paterno a su propio hogar en el momento del matrimonio.

Qué ocurre con la relación que mantienen tanto los unos como los otros con respecto al idioma de origen y al idioma local? En primer lugar, es importante señalar que

⁵ 90 por 100 de los jóvenes suizos han convivido con su esposo o esposa antes de contraer matrimonio, lo que significa que su caso es una práctica generalizada.

no aparecen diferencias importantes en lo que respecta al conocimiento del idioma de origen: 95 por 100 de los encuestados consideran que comprenden, hablan y leen «bien o muy bien» el español o el italiano. Los no nacionalizados son, sin embargo, un poco más numerosos en estimar que escriben «bien o muy bien» el idioma de sus padres. No hay tampoco diferencias en lo que atañe a la lectura y a la escritura en francés o alemán: 99 por 100 de los jóvenes estima leerlo «bien o muy bien» y 95 por 100 escribirlo «bien o muy bien»⁶.

Las diferencias son, en cambio, importantes en el uso del idioma de origen: los no nacionalizados son más numerosos en utilizar a menudo o siempre el español o el italiano en la comunicación con sus padres (84 y 58 por 100) con su cónyuge o compañero (31 y 11 por 100) con sus hijos (55 y 35 por 100) o con sus amigos (28 y 16 por 100). A pesar de la diferencias constatamos que el uso del idioma materno es más importante con la generación anterior y luego con la posterior, en cambio es menos importante con la generación de contemporáneos.

Agreguemos que las diferencias entre nacionalizados y no nacionalizados se mantienen en cuanto al seguimiento regular de la televisión del país de origen (32 y 45 por 100, respectivamente). En cambio no aparecen diferencias entre las dos categorías en lo que respecta a la lectura de periódicos locales suizos.

Las diferencias en la práctica del idioma de origen reflejan el nivel de identificación con esta lengua : 35 por 100 de los no nacionalizados estiman que su lengua materna es el español o el italiano, 25 por 100 se dicen bilingües y 40 por 100 estiman que su lengua materna es el francés o el

⁶ Es curioso constatar que los jóvenes de origen suizo son menos numerosos que los jóvenes de origen extranjero en estimar que leen y escriben «bien o muy bien» el francés o el alemán. La razón es que probablemente estos últimos se refieren a las normas lingüísticas que predominan en Francia o en Alemania, mientras que los segundos se refieren a las normas predominantes en Suiza.

alemán; en cambio esos porcentajes son respectivamente de 10, 21 y 69 por 100 entre los nacionalizados.

Consideremos ahora la cuestión de la relación con el país de origen. Si tomamos como indicador la frecuencia de estadias en España o Italia en los dos años anteriores a la encuesta, no observamos diferencias significativas entre las dos categorías: sólo 12 por 100 de los entrevistados no fueron de visita al país durante ese período. En cambio, si consideramos la pregunta sobre la eventual instalación en el país de origen, ya sea por estudios o de manera definitiva, 30 por 100 de los nacionalizados imaginan la existencia de tal posibilidad, mientras que 57 por 100 de los no nacionalizados se plantean esa perspectiva. Podemos decir que para la gran mayoría de los primeros, la instalación en Suiza aparece como definitiva, mientras que la mayoría de los segundos dejan la puerta del país de origen entreabierta.

Esto quiere decir que, desde el punto de vista de la identidad subjetiva, los nacionalizados se sienten suizos antes que nada? A la interrogación «si te preguntan quien eres...», los nacionalizados se definen de manera mayoritaria como seres biculturales (56 por 100 frente a 33 por 100 de los no nacionalizados), mientras que los no nacionalizados insisten mucho más sobre su pertenencia al país de origen (48 y 13 por 100 de nacionalizados). En fin, 22 por 100 de los nacionalizados dicen sentirse exclusivamente suizos (o ginebrinos o basileños), mientras que tal es el caso de sólo 6 por 100 de los no nacionalizados.

Hay que agregar que estas diferencias en la definición de su identidad «nacional o étnica» no influyen para nada en las opiniones que los entrevistados tienen con respecto a las medidas que deberían adoptarse en favor de la integración de los extranjeros. Los jóvenes de origen español o italiano se declaran masivamente (cerca de 9 sobre 10) en favor del derecho a voto para los inmigrantes residentes en Suiza desde hace diez años, así como también, en una proporción similar, en favor de una legislación que facilite la

adquisición de la nacionalidad suiza. Dos tercios de jóvenes de origen suizo comparten esas ideas.

RECAPITULACIÓN Y DISCUSIÓN

Una primera constatación es el hecho que los jóvenes de origen extranjero han experimentado un proceso de movilidad social ascendente con respecto a sus padres, proceso que les sitúa en posiciones socioprofesionales equivalentes a las de los jóvenes de origen suizo provenientes de un medio social similar, aunque un poco más elevado que el suyo. En otros términos, a diferencia de los jóvenes de la segunda generación de Francia o Alemania (Cf. Lapeyronnie, 1987; Mehrlaender, 1989), en Suiza los jóvenes descendientes de inmigrantes se han beneficiado de una relativa igualdad de oportunidades en el mercado de trabajo con respecto a los jóvenes de origen suizo. Este proceso fue facilitado por el largo período de crecimiento económico y sobretodo de bajo nivel de desempleo que conoció Suiza en los años ochenta, en comparación con los países vecinos.

Este proceso general conlleva, sin embargo, diferencias. En efecto, los diversos indicadores que hemos presentado ponen en evidencia que las trayectorias sociales de los jóvenes adultos descendientes de inmigrantes varían según se hayan nacionalizado o no. Los nacionalizados provienen más a menudo de familias con un nivel de formación más elevado y con una orientación más marcada hacia la inserción en la sociedad suiza. Aparece claramente además que el itinerario social de los padres influye en el de los hijos: los nacionalizados son más numerosos que los no nacionalizados y que los descendientes de suizos provenientes de un medio social comparable en alcanzar formaciones de nivel terciario. La diferencia entre esas tres categorías es menor en términos de inserción profesional; sin embargo, los nacionalizados son los mejores representa-

dos en la categoría asalariados universitarios, los no nacionalizados son en cambio más numerosos entre los independientes.

Las diferencias de trayectorias sociales se expresan también en las prácticas sociales y en ciertos modos de afirmación identitaria. Los no nacionalizados tienen una red social, desarrollan prácticas lingüísticas y un sentimiento de pertenencia subjetiva más orientados hacia la afirmación de una identidad étnica española o italiana en Suiza. Los nacionalizados adoptan unos comportamientos sociales y culturales que tienden a converger más con los de los suizos de origen en algunas dimensiones (nacionalidad de los amigos, del cónyuge, entrada en el matrimonio, prácticas lingüísticas), pero adoptan unas prácticas sociales y unos valores que los acercan a la comunidad étnica de origen (estilo de relaciones con los padres, visitas al país de origen, opiniones sobre los derechos de los extranjeros), por otra parte se definen mayoritariamente en términos de una pertenencia bicultural, afirmando así al mismo tiempo sus orígenes y sus lazos privilegiados con la sociedad suiza.

Los resultados muestran que existe una relación entre las trayectorias sociales, las pertenencias institucionales, las prácticas socioculturales y las pertenencias subjetivas, pero que esa relación es compleja.

De hecho, en Suiza, la adquisición por los descendientes de los inmigrantes de una nueva pertenencia institucional (nacionalización) es un proceso selectivo, abierto en prioridad a aquellos cuyos padres han manifestado en sus prácticas socioculturales una voluntad de conformidad a las tendencias dominantes y que además se encuentran situados en trayectorias de movilidad social ascendente que sobrepasan las trayectorias medias que existen en su medio social. La nacionalización puede a la vez reforzar el carácter «asimilante» de ciertas prácticas socioculturales (redes sociales, idioma); ello permite también a las personas implicadas establecer un lazo más armónico entre perte-

nencias institucionales (doble nacionalidad) y pertenencias subjetivas (identidad bicultural).

Los no nacionalizados provienen de familias más preocupadas por la preservación de lazos con el país de origen y con el mantenimiento de una identidad étnica. Estos jóvenes experimentan también una movilidad social ascendente con respecto a sus padres, movilidad característica de su medio social y generacional. A pesar de un verdadero biculturalismo a nivel de las prácticas socioculturales, éstos expresan una identidad subjetiva e institucional monocultural, la del país de origen.

En el fondo, nos encontramos en los dos casos con una situación paradójica: los nacionalizados muestran un éxito social superior a la media y manifiestan una tendencia hacia la asimilación en sus prácticas, mientras que al mismo tiempo, reclaman una pertenencia institucional y subjetiva bicultural; los no nacionalizados en cambio son llevados a renunciar a la expresión de una identidad bicultural tanto en el plano subjetivo como institucional, mientras que representan, sin embargo, un biculturalismo marcado a nivel de sus prácticas.

Esas paradojas nos conducen a interrogarnos sobre la complejidad de las definiciones identitarias en las sociedades modernas por una parte y sobre la gestión de las identidades en el plano institucional por otra parte .

La primera observación es que en las sociedades actuales hay cada vez menos una coincidencia entre la experiencia individual y los referentes institucionales a disposición para conceptualizar esa experiencia en términos identitarios. En general, como lo indica Verbunt (1994) «ninguna identidad colectiva es suficiente para reunir todas las esferas de la existencia de un individuo. Una comunidad no es más un grupo englobante». Los individuos son llamados a jugar un papel más activo en la producción de su propia identidad, a través de un «trabajo» (Dubet, 1994) de síntesis de sus experiencias en el cual faltan a menudo los puntos de referencia. Una de las dificultades mayores es que vivimos una situación cultural nueva, en la

cual la experiencia de los individuos es cada vez menos la de una pertenencia nacional en el sentido tradicional del término (Bastenier y Dasseto, 1993). En el caso de los hijos de inmigrantes es aún mayor la evidencia de que sus trayectorias no se inscriben en un contexto de continuidad histórica y geográfica de algún espacio nacional.

En este contexto, la gestión institucional de las identidades nacionales no facilita la tarea de los individuos. En el caso que hemos analizado, incluso si un discurso sobre la riqueza del pluriculturalismo «migrante» se abre camino en Suiza, incluso aunque Suiza haya reconocido la doble nacionalidad (caso aún de muy pocos países), la visión monocultural de la Confederación (a la excepción del pluralismo que se reconoce a las cuatro culturas «nacionales») sigue siendo dominante, como lo muestra de manera explícita el rechazo reciente en votación popular de la nacionalización facilitada a nivel federal para los jóvenes de la segunda generación. Todo indica de manera implícita que, a pesar de la gran integración social y profesional que manifiestan los descendientes de los inmigrantes, el hecho de que encarnen abiertamente un modo de vida bicultural, que se aleja de manera manifiesta del modo de vida definido institucionalmente como «suizo», disuade por anticipado toda tentativa de su parte de pedir la nacionalización: desde su punto de vista, como desde el punto de vista de las autoridades que definen la política de nacionalización, la manera como estos jóvenes conciben su relación con Suiza no forma parte todavía de la identidad suiza legítima. Quizás la adopción del *jus soli* (derecho territorial) como criterio principal de atribución de la nacionalidad, así como el reconocimiento de las migraciones como un componente de la historia de las sociedades europeas, podría dar una mayor legitimidad ciudadana a su trayectoria de vida.

- BASTENIER, A., & DASSETO, F. (1993): *Immigration et espace public: la controverse de l'intégration*, Paris, CIEMI-L'Harmattan.
- BOLZMAN, C. (1990): «Exilio e identidad sociocultural . Dos generaciones de sudamericanos en Europa», In Riquelme, H. (Ed.), *Buscando América Latina. Identidad y participación psicosocial* (pp. 87-110), Caracas, Nueva Sociedad.
- (1996): *Sociologie de l'exil: une approche dynamique*, Zurich, Seismo.
- (1999): «Le parcours de deux générations d'immigrés: un chemin d'intégration?», In C. Bolzman & J. P. Tabin (Eds.), *Populations immigrés: quelle insertion, quel travail social?* (pp. 31-46), Genève-Lausanne: Editions IES et EESP.
- BOLZMAN, C.; FIBBI, R., & VIAL, M. (1997): «Espagnols et Italiens proches de la retraite: structure et fonctionnement du réseau familial», in P. Béday & C. Bolzman (Eds.), *On est né quelque part mais on peut vivre ailleurs. Familles, migrations, cultures, travail social* (pp. 159-183), Genève: Editions IES.
- BUCHMANN, M. (1989): *The Script of Life in Modern Society: Entry into Adulthood in a Changing World*, Chicago: The University of Chicago Press.
- CENTLIVRES, P.; CENTLIVRES-DUMONT M.; MAILLARD N., & OSSIPOW, L. (1991): *Une seconde nature; pluralisme, naturalisation et identité en Suisse romande et au Tessin*, Lausanne, L'Age d'Homme.
- DUBET, F. (1994): *Sociologie de l'expérience*, Paris, Seuil.
- GALLAND, O. (1985): *Les jeunes*, Paris, La Découverte.
- GANS, H. (1992): «Second-Generation Decline: Scenarios for the Economic and Ethnic Futures of the Post-1965 American Immigrants», *Ethnic and Racial Studies*, 15, 173-192.
- GORDON, M. (1964): *Assimilation in American Life: The Role of Race, Religion and National Origins*, New York, Oxford University Press.
- HIRAOKA, J. (1993): «Emigration et bipolarité: l'espace divergent», in *Vers un ailleurs prometteur... L'émigration une réponse universelle à une situation de crise?* (pp. 47-52), Paris et Genève, PUF et Cahiers de l'IUED.
- HUTMACHER, W. (1981): *Migrations, production et reproduction de la société*, en A. Gretler., R. Gurny, A.-N. Perret-Clermont & E. Poglià (Eds.), *Etre migrant* (pp. 29-72), Berne: Peter Lang.
- LAPEYRONNIE, D. (1987): «Assimilation, mobilisation et action collective chez les jeunes de la seconde génération de l'immi-

- gration maghrébine», *Revue française de Sociologie*, 28, 287-318.
- MEHRLAENDER, U. (1989): «Les jeunes d'origine immigrée en République Fédérale d'Allemagne», in Lorreyte B. (ed.), *Les politiques d'intégration des jeunes issus de la migration*, Paris, CIEMI-L'Harmattan.
- ORIOU, M. (1984): (Ed.) *Les variations de l'identité*, Nice: IDERIC.
- PORTES, A., & MIN, Z. (1993): «The New Second Generation: Segmented Assimilation and its Variants», *Annals of the American Academy of Political and Social Sciences*, 530, 74-96.
- SCHNAPPER, D. (1993): «La France de l'intégration», in *Cahiers de l'Institut National Genevois*, núm. 36, 5-11.
- SOWELL, T. (1981): *Ethnic America: A History*, New York, Basic Books.
- TABOADA-LEONETTI, I. (1990): «Stratégies identitaires et minorités: le point de vue du sociologue», in C. Camilleri C. & al. (Eds), *Stratégies identitaires*, Paris: PUF.
- TRIBALAT, M. (1995): *Faire France. Une enquête sur les immigrés et leurs enfants*, Paris, La Découverte.
- VERBUNT, G. (1994): «Culture, identité, intégration, communauté: des concets à revoir», in *Hommes et Migrations*, núm. 1180.
- VIAL, M.; BOLZMAN, C.; FIBBI, R. (1999): «Trajectoires et identité de la deuxième génération: égalité des chances?», in C. Bolzman & J.-P. Tabin (Eds.), *Populations immigrés: quelle insertion, quel travail social?* (pp. 87-102), Genève-Lausanne: Editions IES et EESP.
- WITHOLD DE WENDEN, C. (1987): *Citoyenneté, nationalité et immigration*, Paris: Arcantère.